

privilegiados como los que reinaban en el imperio de las letras.

Pronto llovieron los epigramas. Esas flores del ingenio que ocultan áspides (antiguo tropo de añejo sabor castellano), cayeron en lluvia cruel y sardónica sobre el impasible anquilosado. Luis de Góngora lo abrumó á aleluyas. El insigne maestro de la antigua aristocracia decadente del verbo encontró las más sutiles flechas de su aljaba de oro, que fueron romas en la coraza del flechado. Las medianías vulgares y rufanescas, Montalván acaudillando la jauría, se encanallaron contra los gregüescos del pequeño invulnerable, que no se dignaba usar sus acicates contra la turbamulta. Agotados los dicterios bélicos de unos á otros, hallaron nueva fuente en la figura del glorioso deforme, y llegóse al apogeo con el famoso epigrama de Quevedo:

“Tanto de corcova atrás
y adelante, Alarcón, tienes,
que saber es por demás
de dónde te corcovienes
ó á dónde te corcovás.”

El sándalo herido perfumó el dardo flechador, y Alarcón escribió aquellos sentidos versos que empiezan:

«A dónde voy, corazón» . . .

Formando del latín *cor* (corazón), *quo* (á dónde) *vado* (voy), el epíteto *corcovado* conque lo denostaban y desarmando con ese rasgo de ingenio á sus enemigos, vencidos por su nobleza de sentimientos.

Los editores comenzaron á segar en la mies de Alarcón. Conocedores del mérito de sus comedias, explotaron la animadversión de sus rivales y no vacilaron en publicar sus obras atribuyéndolas á otros dramaturgos. *El Examen de Maridos* fué publicado con el nombre de tres autores distintos al de Alarcón, su autor. Tampoco entonces faltó Alarcón

á su generosidad, y en el prólogo de sus comedias, publicadas en 1634: «Sabe—dice al lector—que las ocho comedias de mi primera parte y las doce de esta segunda son todas mías, aunque algunas han sido plumas de otras cornejas, como son *El Tejedor de Segovia*, *La Verdad Sospechosa*, *Examen de maridos* y otras que andan impresas por de otros dueños; culpa de los impresores que les dan las que les parece, no de los autores á quienes las han atribuido, cuyo mayor descuido luce más que mi mayor cuidado; y así he querido declarar esto, más por su honra que por la mía, que no es justo que padezca su fama notas de ignorancia. . . .»

Alarcón es viejo amigo mío. Conoció sus obras en la adolescencia, en el estudio del maestro Ramón Valle, el sagaz comentarista que veneraba al divino corcovado exultándolo como uno de los tres admirables ingenios que florecieron en la Nueva España durante el Virreynato, y que eran Sor Juana Inés de la Cruz, Fray Manuel de Navarrete y Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. De talento aristocrático la primera, educada en la Corte de la Virreina, dama de honor suya, hermosa, distinguida, cortejada, fué gongorina de real cepa, cinceló el verso hasta hacer de él primores que hoy son modelos de arte consumado, y como no se saciara aquel gran corazón sediento de amor y no viciado en la vida cortesana, la poetisa metióse monja.

Fray Manuel, dotado de ternura exquisita y sensibilidad femenina, floreció en silencio, en la penumbra del sombrío claustro; y solamente sus deleitosos versos de poeta lírico, sus canciones á las cosas bellas reflejadoras de la Divinidad, sus odas, dignas de Fray Luis de León por la donosura y castidad del lenguaje, esparcieron á los vientos mundanos la fama de Navarrete, cruzaron el Océano y fueron á hallar un eco de aplauso en